

Desde hacía cinco días Mimoso agonizaba. Mercedes con una cucharita le daba leche, jugo de frutas y té. Mercedes llamó por teléfono al embalsamador, dio la altura y el largo del perro y pidió los precios. Embalsamarlo iba a costar casi un mes de sueldo. Cortó la comunicación y pensó llevarlo inmediatamente para que no se estropeará demasiado. Al mirarse en el espejo vio que sus ojos estaban muy hinchados por el llanto y decidió esperar la muerte de Mimoso. Junto a la estufa de kerosene, colocó un platito y volvió a darle leche al perro, con la cucharita. Ya no abría la boca y la leche se derramó por el suelo. A las ocho llegó el marido, lloraron juntos y se consolaron pensando en el embalsamamiento. Imaginaron al perro a la entrada de la habitación, con sus ojos de vidrio, cuidando simbólicamente la casa.

A la mañana siguiente Mercedes metió al perro adentro de una bolsa. No estaba muerto, tal vez. Hizo un paquete con arpillera y papel de diario para no llamar la atención en el colectivo y lo llevó a la tienda del embalsamador. En el escaparate de la casa vio muchos pájaros, monos embalsamados y víboras. La hicieron esperar. El hombre apareció en mangas de camisa, fumando un cigarro toscano. Tomó el paquete, diciendo:

—Me trajo el perro. ¿Cómo lo quiere? —Mercedes parecía no comprender—. El hombre trajo un álbum lleno de dibujos. —¿Lo quiere sentado, acostado o parado? ¿Sobre un soporte de madera negra o pintadito de blanco? ¿Cómo lo quiere?

Mercedes miró sin ver nada:

—Sentadito, con las patitas cruzadas.

—¿Con las patitas cruzadas? —repitió el hombre, como si no le gustara.

—Como usted quiera —dijo Mercedes, ruborizándose.

Hacía calor, un calor sofocante. Mercedes se quitó el abrigo.

—Vamos a ver al animal —dijo el hombre, abriendo el paquete. Tomó a Mimoso por las patas traseras, y continuó: —No está tan gordito como su dueña —y lanzó una carcajada. La miró de arriba abajo y ella bajó los ojos y vio sus pechos bajo el sweater demasiado ajustado. —Cuando lo vea listo le va a dar ganas de comerlo.

Bruscamente, Mercedes se cubrió con el abrigo. Retorció entre sus manos sus guantes negros de cabritilla y dijo, tratando de contener sus deseos de abofetear o de quitar el

perro al hombre:

—Quiero que tenga un soporte de madera como aquél —le enseñó el que sostenía una paloma mensajera.

—Veo que la señora tiene buen gusto —musitó el hombre—. ¿Y los ojos de qué los quiere? De vidrio resultará un poco más caro.

—Los quiero de vidrio —respondió Mercedes, mordiendo los guantes.

—¿Verdes, azules o amarillos?

—Amarillos —dijo Mercedes, impetuosamente—. Tenía los ojos amarillos como las mariposas.

—¿Y usted les vio los ojos a las mariposas?

—Como las alas —protestó Mercedes—, como las alas de las mariposas.

—¡Ya me parecía! Tiene que pagar adelantado —dijo el hombre.

—Ya lo sé —respondió Mercedes—, me lo dijo por teléfono —abrió su cartera y sacó los billetes; los contó y los dejó sobre la mesa. El hombre le dio el recibo. —¿Cuándo estará listo para venir a buscarlo? —preguntó, guardando el recibo en su cartera.

—No hace falta. Se lo llevaré yo el veinte del mes que viene.

—Vendré a buscarlo con mi marido —respondió Mercedes y salió precipitadamente de la casa.

Las amigas de Mercedes supieron que el perro había muerto y quisieron saber qué habían hecho con el cadáver. Mercedes dijo que lo habían hecho embalsamar y nadie le creyó. Muchas personas rieron. Ella resolvió que era mejor decir que lo había tirado por ahí. Con su tejido en la mano esperaba como Penélope, tejiendo, la llegada del perro embalsamado. Pero el perro no llegaba. Mercedes todavía lloraba y se secaba las lágrimas con el pañuelo floreado.

El día convenido Mercedes recibió un llamado telefónico: el perro ya estaba embalsamado, sólo faltaba ir a buscarlo. El hombre no podía ir tan lejos. Mercedes y su marido fueron a buscar al perro en un taxímetro.

—Lo que nos ha hecho gastar este perro —dijo el marido de Mercedes, en el taxímetro, mirando los números que subían.

—Un hijo no hubiera costado más —dijo Mercedes, sacando su pañuelo del bolsillo y enjugándose las lágrimas.

—Bueno, basta; ya lloraste bastante.

En la casa del embalsamador tuvieron que esperar. Mercedes no hablaba, pero su marido la miraba atentamente.

—¿La gente no dirá que estás loca? —inquirió su marido con una sonrisa.

—Peor para ellos —respondió Mercedes apasionadamente—. No tienen corazón, y la vida es muy triste para los que no tienen corazón. Nadie los quiere.

—Mujer, tienes razón.

El embalsamador trajo casi demasiado pronto al perro. Sobre un pie de madera barnizada de oscuro, semisentado, con los ojos de vidrio y el hocico barnizado estaba Mimoso. Nunca había parecido de mejor salud; estaba gordo, bien peinado y lustroso, lo único que le faltaba era hablar. Mercedes lo acarició con sus manos trémulas; lágrimas saltaron de sus ojos y cayeron sobre la cabeza del perro.

—No me lo moje —dijo el embalsamador—. Y lávese la mano.

—Sólo le falta hablar —dijo el marido de Mercedes—. ¿Cómo hace estas maravillas?

—Con venenos, señor. Todo el trabajo lo hago con venenos, con guantes y anteojos, de otro modo, me intoxicaría. Es un sistema personal. ¿No hay niños en su casa?

—No.

—¿Será peligroso para nosotros? —preguntó Mercedes.

—Únicamente si lo comen —respondió el hombre.

—Tenemos que envolverlo —dijo Mercedes, después de secar sus lágrimas.

El embalsamador envolvió el animal embalsamado en papeles de diario y entregó el paquete al marido de Mercedes. Salieron con alegría. En el camino hablaron del lugar donde colocarían a Mimoso. Eligieron el vestíbulo de la casa, junto a la mesita del teléfono en donde Mimoso los esperaba cuando ellos salían.

Después de examinar el trabajo del embalsamador, una vez en la casa, colocaron al perro en el lugar elegido. Mercedes se sentó frente a él para mirarlo: ese perro muerto la acompañaría como la había acompañado el mismo perro vivo, la defendería de los

ladrones y de la soledad. Le acarició la cabeza con la punta de los dedos y cuando creyó que el marido no la miraba, le dio un beso furtivo.

—¿Qué dirán tus amigas, cuando vean esto? —inquirió el marido—. Qué dirá el tenedor de libros de la Casa Merluchi.

—Cuando vengan a cenar lo guardaré en el armario o diré que fue un regalo de la señora del segundo piso.

—Tendrás que decírselo a la señora.

—Se lo diré —dijo Mercedes.

Aquella noche bebieron un vino especial y se acostaron más tarde que de costumbre.

La señora del segundo piso sonrió ante el pedido de Mercedes. Comprendió la perversidad del mundo ante el cual una mujer no puede mandar embalsamar a su perro sin que la crean loca.

Mercedes era más feliz con el perro embalsamado que con el perro vivo; no le daba de comer, no tenía que sacarlo para que orinara, ni tenía que bañarlo, no le ensuciaba la casa ni le mordía el felpudo. Pero la felicidad no es duradera. Bajo la forma de un anónimo llegó la maledicencia a esa casa. Un dibujo obscuro ilustraba las palabras. El marido de Mercedes tembló de indignación: el fuego ardía en la cocina menos que en su corazón. Tomó al perro sobre sus rodillas, lo quebró en varias partes como si fuese una rama seca y lo arrojó al horno que estaba abierto.

—Que sea o que no sea verdad no importa, lo que importa es que lo digan.

—No me impedirás que sueñe con él —gritó Mercedes y se acostó en la cama vestida—. Sé quién es el hombre perverso que hace anónimos. Es ese tenedor de porquería. No volverá a entrar en esta casa.

—Tendrás que recibirlo. Esta noche viene a cenar.

—¿Esta noche? —dijo Mercedes. Saltó de la cama y corrió a la cocina a preparar la cena, con una sonrisa en los labios. Puso junto al perro el asado de tira, en el horno.

Preparó la comida más temprano que de costumbre.

—Hay asado con cuero —anunció Mercedes.

Antes de saludar, junto a la puerta, el invitado se restregó las manos, al tomar el olor que venía del horno. Después, mientras se servía, dijo:

—Estos animales parecen embalsamados —miró con admiración los ojos del perro.

—En China —dijo Mercedes—, me han dicho que la gente come perros, ¿será cierto o será un cuento chino?

—Yo no sé. Pero en todo caso, yo por nada del mundo los comería.

—No hay que decir «de este perro no comeré» —respondió Mercedes, con una sonrisa encantadora.

—De esta agua no beberé —corrigió el marido.

El invitado se asombró de que Mercedes hablara con tanto desparpajo de los perros.

—Tendremos que llamar al peluquero —dijo el invitado, viendo la carne con cuero donde asomaban algunos pelos y, riendo a carcajadas, con una risa contagiosa, preguntó—: ¿La carne con cuero se come con salsa?

—Es una novedad —contestó Mercedes.

El invitado se sirvió de la fuente, chupó un pedazo de cuero untado con salsa, lo mascó y cayó muerto.

—Mimoso todavía me defiende —dijo Mercedes, recogiendo los platos y secando sus lágrimas, pues lloraba cuando reía.